

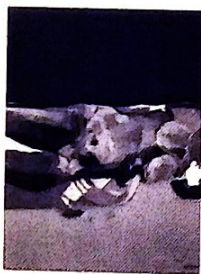
Otto A. Böhmer • Gabriela Ovando • Tambor Vargas • Lupe Cajías • Arnaldo Lijerón
Gustavo Adolfo Becquer • Milena Montaña

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 445 Oruro, domingo 6 de junio de 2010





La mujer de Lot. Óleo sobre tela 1,20 x 1
Erasmín Zorzuela

Opinión

En filosofía todo es posible, incluso y sobre todo la coexistencia de opiniones enteramente opuestas. La suposición de que el hombre es sagrado para el hombre se transformó luego en el descubrimiento de que el hombre es un lobo para el hombre (*Hobbes*), y como siempre cuando se encuentran tres filósofos y defienden por lo menos cuatro opiniones distintas, sólo el quinto o el sexto de ellos pueden tener razón.

Otto A. Böhmmer en: *Diccionario de Sofía*.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo CÁCERES r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



Abandono y recuperación de la historia

"¡Ankukus, ankukus, los mejores ankukus!" piaba la voz de la vendedora de dulces que instalaba su puesto en la acera frente al arco de entrada al claustro de San Francisco Xavier, en un mediodía de Adviento, llamando la atención de cate-dráticos y alumnos que apuraban el paso por el almuerzo y el ajetreo de musgos y pesebres. Afecto, como era a los dulces, Francisco d'Avis se detuvo a comprar unos cuantos ante la solícita vendedora que los tenía envueltos en cubiertas de papel toledano inmune a la pegazón del almíbar. Una vez llegada la hora del postre, y recordando aquellos ankukus que habían quedado en el vestíbulo junto a su maletín, se levantó, los trajo a la mesa y se dispuso a desenvolverlos con el cuidado de no dejar la miel apetecida pegada al papel, cuando al cabo de unos instantes, Juana y los chicos vieron al padre palidecer y con los ojos que parecían saltar de su órbitas, como si acabara de ver al mismísimo demonio.

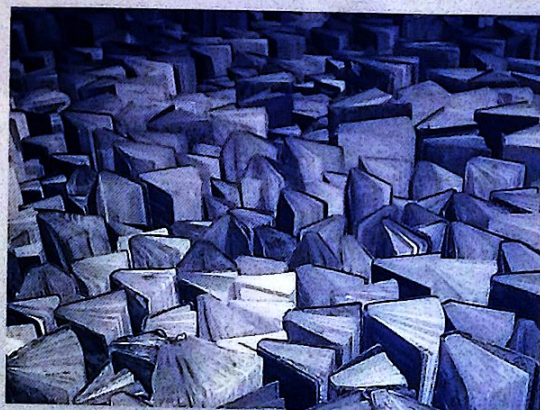
—¿Qué ocurre Franz? —le preguntó Juana con un tono cauteloso que ella sabía adecuado para controlar ciertas situaciones—. ¿Hormigas? Pásame el paquete, que yo lo tiro a la basura, y no te preocupes, hijo —mientras pedía a la cocinera un vaso de agua para el caballero y Clotilde murmuraba que algo muy horrendo tenía que ocurrirle al patrón por no creer en la Virgen de Guadalupe...

¡Qué horror!

—¡Mujer! ¿No te das cuenta de lo que acabo de encontrar? —exclamó estreme-cido Francisco con el papel enmellado entre los dedos—. ¿Tú sabes lo que acabo de encontrar? No yo, sino la mujer que me vendió los ankukus... los envolvió con un retazo del Acta de la Independencia... ¡Qué horror, qué barbaridad! ¿Cómo es posi-ble?— Y sin atinar siquiera a ponerse el sombrero, Francisco salió de la casa como una exhalación en busca de aquella mujer que acababa de resolver tamaño em-brollo histórico.

Aquella tarde, el profesor armó un escándalo tal que media ciudad se dispuso a escarbar los galpones y bodegas del mercado central de donde se había ido ven-diendo, por arrobos, el papel de envoltura desde quién sabe cuándo. Y así, sobre los mesones de las verduras, de la carne, del pan y de los abarrotes, Francisco d'Avis fue armando, como un rompecabezas, la totalidad del ejemplar mutilado del Acta de la Independencia, las proclamas de Olaneta, las firmas de los tratados de cesión territorial, las cartas de doña Manuelita a Bolívar, los versos de amor del Mariscar Sucre y en fin, todo cuanto pudo haberse dado por perdido en la memoria colec-tiva de Charcas.

Desde entonces y hasta el día de su muerte, el patriarca se pasó la vida entre las montañas de papeles que fue clasificando, ordenando y archivando en la Biblioteca Nacional, con el único y cruel paréntesis de los tres años cesantes en los que el sol-dado mandón lo reemplazó por un panadero.



Gabriela Oyando, Escritora cochabambina.
El relato pertenece a su libro *Atisbos*.



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Desde mi rincón:

El Barça, ¿más que un equipo?

TAMBOR VARGAS

Acabo de leer, con innegable sorpresa, un artículo firmado por "Vicuña" (cuya verdadera identidad no alcanzo a descifrar tras el seudónimo) y que lleva por título la tesis "El Barça, más que un equipo". Como en él, no sólo se hace mención de mi persona, sino que su autor se declara alumno y seguidor mío en tal tesis, por aquello de 'la alusión personal' casi me veo forzado a intervenir (que no, propiamente, a 'replicar').

Y lo primero que debo confesar es que de mi memoria se ha borrado por completo la relación ocasional sucrense entablada por primera vez con "Vicuña", que habría sido en el Archivo y Biblioteca Nacionales, donde supuestamente trabajábamos ambos. Todavía recuerdo menos que invitara a mi casa al colega de investigación, donde nos habríamos expuesto sobre la 'cuestión catalana', curiosidad tan rara como meritoria viniendo de su (presunto) boliviano. Y ya embarcado en el tema, habría salido a colación el tema futbolístico del Barça; y dentro de él, la tesis de que 'era más que un equipo'.

Por supuesto, no pongo lo más mínimo en duda la fidelidad del relato. Es perfectamente posible que se hubiese producido; y no sólo en general, sino en los términos en que aparece narrado. Por tanto, no se tome este artículo como el 'desmentido' de un episodio que se me atribuye. No es éste su sentido y razón de ser, sino formular en forma directa algunos matices sobre el tema.

No tiene ninguna duda que la 'tesis' tiene una larga existencia en Cataluña mismo: por lo menos desde los años setenta (y aun quizás antes); y le dieron nacimiento, tanto algunos responsables del club como otros ambientes sociales vagamente 'nacionalistas'. Esa pretensión ha sobrevivido a la dictadura etnocida franquista; hasta nuestros días.

Hasta aquí, si se interpreta mi papel con "Vicuña" como relator de una realidad (la tesis socialmente existente), no tengo

nada que objetar. Si, además, se quisiera interpretarlo como mi adhesión a la tesis, sería deshonesto si no pusiera algunos puntos sobre las fes.

Para mi comodidad, cuento con un texto publicado en 1998 donde, bajo el título de "El fútbol: ¿un deporte?", expongo una serie de aspectos del tema (tema que ahora otra vez cobra actualidad ante la cercana celebración de uno nuevo campeonato mundial). Y entre esos aspectos, cabalmente el de "Vicuña". Me limito a copiarlo: *"Durante el franquismo etnocida, llegó a cuajar la expresión 'el Barcelona, más que un club'; habla subyacente toda una presunta teoría (que, creyendo ensalzar a un club, degradaba un país): un equipo de fútbol, reinterpretado como forma vicaria y críptica de expresión nacional"*. Pero añadía: *"Hasta que el poeta Pere Quart/Juan Oliver encontró la forma de pinchar el sofisma: 'Cataluña, más que un club'. Diana olímpica digna de una medalla de oro"* (artículo recogido en mi volumen *Los árboles y los bosques. Testimonio de una disidencia*, Sucre, Universidad Andina, 2001, pp. 135-138).

De ese fragmento creo que queda claro cuál era la posición que gozaba de mi adhesión: no la bien intencionada, pero populista, del 'Barça, más que un club', sino la del poeta clarividente. Y al respecto quisiera precisar más exactamente el tenor de su antídoto a la confusión: no habría dicho lo que le atribuyo en mi artículo, sino esto otro: *"No es el Barcelona, sino Cataluña lo que es más que un club"*. Dicho así, no puede haber duda alguna de que quien acertaba era Oliver, por lo menos para cualquier catalán (o ciudadano de un país) que se respete.

Y quisiera aprovechar la ocasión para volver a copiarlo. Del análisis a que sometía la actividad 'deportiva' en nuestros días, sacaba esta triste conclusión: *"Por un lado degradamos*

la política real a las mañas que un número mayor o menor de ciudadanos son capaces de desarrollar en una cancha; por otro, concedemos a los triunfos o las derrotas el valor de verdicetos sobre el desarrollo humano relativo de cada estado en el medallero del mundo. ¿No estaremos delante de un índice poco distorsionado de las sublimes 'cumbres' civilizatorias en nuestro fin de siècle y de milenio?" (*Ibid.*, pp. 137-139).

"Vicuña" hace referencia a algunos episodios de su etapa infantil. De mi parte podría aludir a las contadas veces que asistí como espectador a algunos partidos en el viejo estadio de 'Les Corts' (entre otros, a algunos de la celebración de las Bodas de Oro, en 1950, si no me equivoco; con el Racing de Buenos Aires y con el Palmeiras paulista); y en 1957, la única vez que he pisado las graderías del Camp Nou (que si no me equivoco, empezó llamándose 'Joan Gamper', el alemán primer presidente del club) fue cabalmente en uno de los partidos de su inauguración. Eso sí, no podría contar los partidos vistos en la televisión; tampoco quisiera dar a entender que no me alegra cada nuevo triunfo del 'Barça'; pero me irrita, acaso todavía más, cada actuación suya que considero lastimosa; y consideraría ofensivo a mi condición adulta que me considerara nacionalmente representado por unos jugadores de los que nadie podría suponer identificación con la realidad y, sobre todo, la 'cuestión' catalana.

Últimamente, también en Bolivia se puede percibir la existencia de fans apasionados del Barça: por ejemplo, topándose en la calle con gente de toda condición vistiendo la camiseta barcelonista. ¿A qué obedece? Seguramente a la fuerza de arrastre de los canales (sobre todo argentinos) que transmiten partidos. ¿O también a la persuasiva militancia de bolivianos emigrados a Cataluña sobre sus parientes cercanos? Dejémoslo aquí.





Las masas irrumpen en la guerra (1810-19)

La escritora e historiadora Lupe Cajías, destaca la investigación de José Luis Roca (Beni, 1935-La Paz, 2010) "historia preocupó por rescatar el rol de las masas populares, los cholos, los indígenas, en la larga Guerra de la Independencia, lograr fundar la República de Bolivia"

Roca investigó el tema durante muchos años y en distintas fuentes documentales, tanto en archivos como en otras obras del mismo asunto. Hace más de una década publicó en la Revista "Historia y Cultura" el texto que resumimos en esta ocasión por su utilidad para comprender el proceso que se vivió en 1810, hace dos siglos, después de los fracasos coyunturales de las revueltas en La Plata y en La Paz de 1809.

Hemos respetado la redacción de Roca casi en su integridad pues sus datos están respaldados en fuentes primarias y no se hace necesario complementarlos o contrastarlos.

ORURO

Recordemos nuestros anteriores artículos y el momento de derrota de los sublevados en La Paz y Charcas y los ajusticiamientos de enero de 1809. A raíz de los sucesos, el virrey de Buenos Aires Baltazar Hidalgo de Cisneros envió a Vicente Nieto, militar español de alta graduación con el título de Presidente de la Audiencia de Charcas, en reemplazo del derrotado García Pizarro, y al mando de un cuerpo de ejército.

En Oruro, Pedro Domingo Cayoja, sustituto de Titichoca, estaba ya en funciones y nadie podía moverlo de ahí. De nada valieron la asonada de noviembre y el trámite segundo ante el tribunal de la Audiencia, cuyo Fiscal se había pronunciado a favor del pueblo de Toledo. Los señores magistrales dilataron la decisión y, cansados de esperarla, los indígenas se amotinaron nuevamente en abril de 1810, esta vez dirigidos por el propio Titichoca. Lo secundaban sus amigos Andrés Jiménez Mancocapac, canónigo prebendado del Coro Metropolitano de la Plata; el doctor Pedro Rivera y los indígenas Carlos Colque y Santos Colque. Estos últimos resultaron ser los más activos.

Los sublevados de este distrito, por su parte, decidieron ponerse en contacto con los dirigentes del movimiento de masas que aún continuaban en La Paz no obstante la sangrienta represión a que fue sometido. Cuando los comandantes cochabambinos Rivero y Arze llegaron con sus tropas a Oruro, no encontraron a Titichoca y los suyos. Éstos no sólo habían logrado fugarse oportunamente el mismo mes de abril de 1810 sino que junto con los paceños se dieron cita en la ciudad de La Plata.

LA PAZ

Juan Manuel de Cáceres, escribano de la Junta Tuitiva, logró eludir el patíbulo instalado por Goyeneche para escarmentar a los revolucionarios paceños. En una ocasión memorable en el calendario de las luchas sociales bolivianas se reunieron en La Plata en la casa del canónigo Jiménez y Mancocapac, los sublevados de Oruro (Titichoca, Rivera, los Colque) con los revolucionarios de La Paz (Cáceres, Gabino Estrada e Hipólito Landaeta).

La proclama subversiva de abril de 1810—subversiva en lo social y neutra en lo político—circuló por toda la altiplanicie a través de "lenguaraces" que la difundían. Anoticiado de ella, Paula Sanz, gobernador de Potosí la puso en conocimiento del presidente Nieto, y éste dio cuenta al virrey Abascal. Cáceres fue hecho prisionero, mientras que Titichoca y los suyos desaparecieron en la provincia de Carangas. Del canónigo Andrés Jiménez de León Mancocapac no se volvió a oír más. Hasta ahora la única referencia que de él queda, es simplemente morfológica: "alto de cuerpo, espalda ancha, color trigueño, ojos grandes, nariz abultada, mirar caído, anda regularmente con pantalón negro y a veces blanco, media bota, capa azul, sombrero redondo". Algo así como un "identikit" o retrato hablado.

ALIANZAS

La alianza política entre criollos, mestizos e indígenas es un rasgo común que caracteriza el período de intensas luchas sociales que va de 1809 a 1825 y que tuvo por escenario a las actuales repúblicas de Argentina, Perú y Bolivia. Los criollos y mestizos—genéricamente las masas urbanas—pugnaban por el acceso al poder, el manejo del aparato colonial que en último análisis respondía a intereses ultramarinos y metropolitanos. No se discute aquí el problema cuantitativo, o sea el número mayor o menor de españoles americanos (criollos) que alcanzaron altas dignidades en la burocracia colonial, llámese ésta eclesiástica, gubernamental, judicial o comercial. Esta aritmética no resuelve el problema de que, cualesquiera que hubiese sido el origen social de los funcionarios, la organización política colonial, respondía a los intereses de un grupo dominante con sede en Madrid, Cádiz o Sevilla. Los criollos, en cambio (aquellos que se afiliaron a la causa revolucionaria) luchaban para que ese poder se radicara definitivamente en Buenos Aires, Lima o Charcas, y para que, al hacerlo, cortara todas las amarras con la endeble y caótica política peninsular. Si esa transferencia podía hacerse sin modificar la estructura interna de explotación clasista, tanto mejor, pero si era necesario otorgar concesiones a las masas indígenas a cambio de su adhesión, había que buscar los medios viables para lograrlo.

Los mestizos constituían una extensa capa social cuya identificación parecía radicar únicamente en el hecho de ser indígenas convertidos en propietarios de algún medio de producción por precario que éste fuera, o de avocarse en las áreas urbanas, y no así por el siempre discutible componente biológico.

EN EL SUR

Lo anterior explica el alborozo con que fue recibida la revolución porteña de mayo y la adhesión inmediata que todas las intendencias de Charcas presentaron a la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Una de las defecciones más notorias de los criollos altoperuanos con respecto al poder español es la protagonizada por los cochabambinos Rivero y Arce. Éstos optaron por desobedecer las órdenes de reprimir el movimiento campesino de Titichoca y Cáceres y más bien tomaron el poder, para ellos, en su ciudad natal, Cochabamba.

Había otros criollos y mestizos latifundistas que, por el hecho de vivir en las áreas rurales se identificaban más con las masas indígenas que con los opresores españoles. Es el caso de Manuel Ascencio Padilla quien encabezó una movilización campesina en Chayanta la cual permitió que Castelli, sin esfuerzo, ingresara a Potosí a fines de 1810.

Padilla nació el 28 de septiembre de 1774. La finca de sus padres Melchor Padilla y Eugenio Gallardo estaba situada en la provincia de Chayanta y se llamaba Chipirina. Además de propietario don Melchor era comerciante y sus negocios lo llevaban tanto a Salta como a Potosí y La Plata. Aunque no asistió a la famosa Universidad, fue en la sede de la Audiencia donde Manuel

Ascencio trabó amistad con Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo y otros futuros revolucionarios. Apenas producida la acción de Suipacha, Padilla tomó contacto con los jefes militares argentinos y puso a disposición de ellos las fincas que pertenecían a su familia a fin de que aquellos pudieran establecer una base segura de operaciones. La inclinación revolucionaria de Padilla le vino de Chayanta, de donde era oriundo.

Treinta años antes ésta había sido escenario del gran levantamiento indígena de los hermanos Catari quienes tenían amistad y negocios con José Gabriel Condorcanqui (Tupac Amaru) y habían actuado en concomitancia con él. Siendo apenas un niño, Manuel Ascencio fue testigo de las crueles represalias contra los participantes en la rebelión. Como entre éstos figuraban mestizos y criollos, es presumible que su padre hubiera pertenecido a este movimiento y sufrido sus consecuencias adversas.

(Como se conoce, los ejércitos auxiliares argentinos provocaron reacciones negativas por algunos comportamientos). El caudillo Cáceres, no obstante que debía su libertad a Castelli, se

puso a la cabeza de las desilusionadas montoneras indígenas y protagonizó un alzamiento en Calamarca y Ayo-Ayo y empezó a hostigar violentamente a las tropas fugitivas del ejército argentino que pugnaba por cruzar el altiplano y llegar a La Plata.

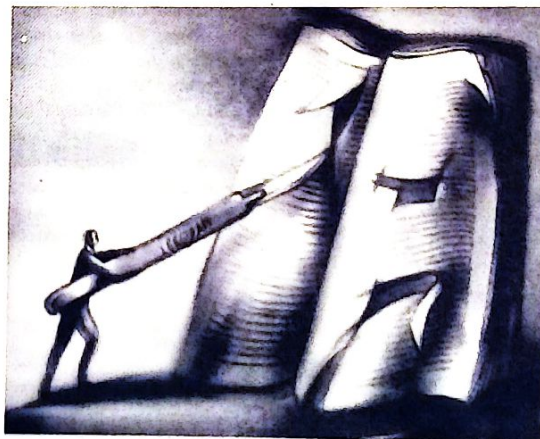
HERMANO CONTRA HERMANO

Cada vez que se producía en la región andina una eclosión social protagonizada por las masas indígenas, ésta era reprimida por fuerzas de línea dirigidas por militares profesionales españoles pero cuyos

combatientes eran también indígenas. Aún más: los nativos respaldaban la causa del rey a través de sus propias organizaciones bajo el liderazgo de sus antiguos caciques o curacas. Los indios realistas o "amedallados" como también se los llamaba, constituyeron importantes legiones que desde 1781, y a lo largo de toda la época emancipadora, pusieron en jaque a los esfuerzos de la elite criolla por adueñarse del poder en esta parte de América.

Muy pocos caciques indios fueron partidarios de Tupac Amaru cuando éste se insurreccionó en Tungasuca en 1780 mandado ahorcar al corregidor Arriaga. La gran mayoría de aquellos caciques—unos veinte en total—estuvieron del lado del virrey Jáuregui y del visitador Areche. La Junta del Cuzco, leal a la corona, organizó una compañía de indios nobles encabezados por los caciques Diego Chuquihuana y Anselmo Bautista. Junto a ellos actuó, entre otros, Manuel Chuquinga, cacique de Copacabana. A este bando perteneció también Mateo García Pumacahua, cacique de la parcialidad de Chincheros.

José Gabriel nació en Tinta en 1742. Quedó huérfano siendo niño y lo educaron sus tíos Marcos Condorcanqui y José Noguera. Era parte de los 24 "indios nobles" que debían ser elegidos por el Alférez Real y como cacique que lo fue de Tungasuca y Pampamarca, estaba extenso del pago de tributos y servicios personales y autorizado para usar vestidos y ornamentos especiales. Conocía el Perú de palmo a palmo y era





Mojos en la emancipación nacional

El Académico de la Lengua y miembro de la Sociedad Geográfica del Beni, Arnaldo Lijerón Casanovas, revela "un inédito gesto de libertad en el territorio americano de la independencia" que El Duende se honra en publicar de manera exclusiva

321)

riador que junto con René Arce Aguirre, se i de la antigua Audiencia de Charcas hasta

dueño de una plantación de cacao en la provincia de Carabaya.

En 1770, Tupac Amaru viajó de nuevo a Lima a defender sus derechos de cacicazgo disputados por un Betancour. Demostró gran versación histórica para defender sus derechos y asistió a discusiones filosóficas en la Universidad de San Marcos aunque parece que esta vez la Audiencia no le reconoció su título de marqués. Cuando éste salió, al término de la fiesta, Tupac Amaru junto a diez hombres, usando un lazo derribó de su caballo al corregidor y tomándolo preso, lo obligó a firmar una carta disponiendo que los fondos del tesoro fueran enviados a Tungasuca con el pretexto de organizar una expedición contra los piratas ingleses.

Con esos fondos en la mano, Tupac Amaru obligó a convocar a todo español, indio o mestizo para que viniera a Tungasuca a organizar fuerza de combate contra los piratas. Mucha gente concurrió al llamado y enseguida Arriaga fue sometido a juicio. Con la evidencia de tres testigos, se lo condenó a muerte y Tupac Amaru presenció la ejecución el 10 de noviembre de 1780. El cacique se dirigió a la multitud en lengua quechua prometiendo que cesarían los abusos y se abolirían la mita, los repartimientos y las alcabalas. Prometió además que no haría nada contra el rey ni contra la iglesia y distribuyó el botín que había ordenado traer a Arriaga. Luego empezó a organizar su ejército. Las masas lo aclamaron.

La reacción de las autoridades españolas no se dejó esperar. La junta del Cuzco presidida por Areche organizó una compañía de indios nobles encabezada por Chuquihuanca y Bautista quienes junto con Tiburcio Landa, corregidor de Paucartambo fueron derrotados en Sangarara. Pero Pumacahua a la cabeza de 2.000 indios logró vencer en Huarán por lo cual recibió el título de coronel y medalla de oro. A partir de entonces ingresó como oficial permanente del ejército peruano. Pumacahua volvió al Alto Perú en 1809 junto a Domingo Tristán y a Goyeneche, quienes con un ejército de varios miles de indios quechuas se encargaron de la eficaz represión de los revolucionarios paceses de ese año, quienes habían logrado excitar el entusiasmo de las masas aimaras del altiplano y Yungas.

LA ECLOSIÓN DE 1811

El 29 de junio de 1811 comenzó el sangriento sitio de la ciudad de La Paz el cual se prolongaría por casi cuatro meses y sería el foco de una sublevación generalizada por toda la zona andina del Perú y Bolivia. Juan Manuel Cáceres volvió en triunfo a su ciudad natal donde uno de sus lugartenientes, Casimiro Iruña, al mando de un pelotón de indígenas, había dado muerte al gobernador interino Diego Quint Fernández Dávila. Pronto se le unieron Titichoca, Padilla y Arze.

El centro de operaciones de los insurrectos de La Paz se localizó en las alturas de Pampajasi en las afueras de la ciudad. Desde allí incursionaban y saqueaban los fundos aledaños como Chuquiguillo, de propiedad de José de Santa Cruz y Villavicencio. "Venían furiosos y llenos de ambición -dice un testigo de la época- contra los bienes de los hacendados, arruinando a su paso casas, sementeras, sembrados y todo cuanto había dando voces de que los bienes de los realistas eran comunes a todos y para que ellos también los disfrutaran".

A MANERA DE CODA

Los datos de Roca nos ilustran sobre el comportamiento de las masas criollas, chollos, indígenas. Nos permiten ampliar la visión sobre la Guerra de la Independencia que se la suele presentar en los manuales de historia escolar como un todo coherente. Doscientos años después y más aún por el momento de cambio que vive Bolivia y lo que sucede en la América Latina, es necesario ingresar a estos estudios más detallados.

Las lecciones nos ayudan a comprender el presente y preparar mejor el futuro.

Introducción. La gesta revolucionaria de Mojos por la independencia nacional estuvo oculta en los infolios del Archivo Nacional de Bolivia por muchos años, pero desde 1965 ya se conoce lo que fue capaz la sociedad mojeña en ese proceso, gracias a las investigaciones de Ruber y Antonio Carvalho Urey, José Natusch Velasco y José Luis Roca García.

Contexto histórico. La conquista de Mojos no fue tarea fácil para España pues las expediciones militares se sucedieron sin resultado, durante un siglo. Debido al éxito de las Misiones del Paraguay, se dispuso el ingreso de los jesuitas Pedro Marbán, Cipriano Barace y Joseph del Castillo, en junio de 1675, para la conquista espiritual de los pueblos de Mojos. Los indomables ante la espada, se rindieron ante la Biblia y la Cruz y su espíritu evangélico respetuoso de los moradores. En un siglo, las Misiones organizadas con etnias de lenguas diferentes, fueron pueblos organizados con libertad y convivencia fraterna, emporios de trabajo y bienestar, dueños de sus territorios y recursos naturales. En 1701, se constituyen los Cabildos que hasta hoy perduran en comunidades urbanas y rurales del Beni.

Emplea el yugo español. Expulsados los jesuitas en 1767 por orden del Rey Carlos III, empezó en Mojos una atroz explotación por gobernadores, administradores civiles y curas depravados que reemplazaron a los misioneros. A partir de entonces, los indígenas fueron simples bestias de carga y las mujeres objeto de lujuria. Gabriel René-Moreno tiene estas frases para calificar el oprobio: la primera, sobre la servidumbre de los remos, en vinjes a Puerto Pailas de 60 ó 90 días, llevando productos que ya no les pertenecían: "Que aguanten bajo... sol que clava dardos de fuego en la cabeza y que ajusta planchales candentes a las espaldas", y sobre los esclavos de sotana, a quienes llama: "insignis mestizadores de la raza".

Pese a las amenazas de las pailas del infierno que les proferían los curas a los indígenas, cuando intentaban protestar por los abusos a sus mujeres, los mojeños tuvieron un itinerario de luchas contra el invasor ibérico, desde 1801, cuando el canichana Juan Maraza y el trinitario Pedro Ignacio Muiba expulsaron al despótico y corrupto gobernador Miguel Zamora. ¿En qué otra parte de Charcas o de las colonias españolas sucedió algo igual? Tres años después, el gobernador Rafael Álvarez apresó al rebelde trinitario para mandarlo en grilado a la Audiencia de Charcas, cumpliendo órdenes del Virrey Marqués de Sobremonde. Pero Maraza, ha pedido de una hija de Muiba casada con un canichana, liberó al trinitario al son de cajas y clarines.

A partir de octubre de 1805 el nuevo gobernador español Pedro Pablo Urquijo, un militar de instintos maquiavélicos, promueve desinteligencias en aquella unidad interétnica y ejercerá una astuta manipulación de los pueblos indígenas, que tendrá imprevisibles consecuencias cuando comienza a resquebrarse el dominio colonial.

¡Los remos, signos de rebelión! En octubre de 1810, se dan dos preludios significativos de la rebelión: en los primeros días, remeros trinitarios se niegan a viajar a Santa Cruz, pues apenas habían retornado de otro viaje y debían atender sus sementeras abandonadas. El gobernador quería poner a buen recaudo a su esposa e hijos, pues ya se percibían nubarrones amenazantes en el cielo mojeño. El administrador de Trinidad, Diego Crespo, informa desatado. La noche del 29 de ese mes, en Loreto, a instancias del cayubaba Casimiro Abarau remeros loretanos e itonamas también se niegan abiertamente a transportar a la familia del gobernador.

Estalla la insurrección. Mojos estaba al tanto de lo que sucedía en Charcas desde mayo del 1809 y del cautiverio de Fernando VII por la invasión de Napoleón. Antes, ya se sabía del levantamiento de los Tupac en la región andina, aunque no estaba inspirado en el ideario emancipador. Las cartas subversivas que salieron de Trinidad dirigidas al cacique canichana, dan perfecta cuenta de cuál era la situación para los mojeños. Por ello, cuando

el gobernador aparece en Trinidad junto a Maraza pretendiendo imponer sus órdenes, la insurrección estalla el 9 y el 10 de noviembre, comandada por el cacique Pedro Ignacio Muiba. Su proclama es explícita: "¡El Rey de España ha muerto! Nosotros seremos libres por nuestro propio mandato. Las tierras son nuestras por mandato de nuestros antepasados, a quienes los españoles les quitaron".

Muiba convoca al cacique loretano José Bopi, quien llega con 200 hombres armados, a caballo y a pie, estableciéndose el primer gobierno indígena revolucionario de Charcas, hasta mediados de enero de 1811. El cacique trinitario quiere colgar al gobernador y ordena colocar dos palmas en la plaza y una cuerda atravesada para su linchamiento, pero Urquijo se esconde en el templo custodiado por los curas. Tanto respeto religioso había cultivado el mojeño que no atropella los portones para apresar al ministro del rey. La noche lluviosa facilita la fuga de Urquijo ayudado por sus leales canichanas.

Urquijo arremete contra Muiba y Bopi. La contra-revolución digitada por el inescrupuloso gobernador Urquijo, desde San Pedro, manipula a los otros pueblos indígenas y, luego de capturar a Bopi, el 15 de enero se impone con una sorpresiva masacre en Trinidad de más de 115 personas, entre niños, mujeres y hombres, y la muerte de Muiba en las inmediaciones del río Mamoré. La cabeza del trinitario insurrecto fue puesta en una picota en San Pedro, para que sirva de escarmiento, y no recibió sepultura cristiana, por morir inconverso.

Mientras el cacique Muiba mandaba en Trinidad, Urquijo lo califica de "Lobo Carnicero" e "indio pérfido", y en febrero, después de vencerlo, en su informe a la Audiencia de Charcas afirma del rebelde trinitario: "Todo, todo, todo ha dimanado de los perversos, endemoniados y sacrilegos consejos contra Dios, contra el Rey (pues se hacía su Ministro) y Humanidad de Pedro Ignacio Muiba, quien acostumbrado a varios alzamientos con sus parientes los trinitarios, no se les castigó como merecían por los antecesores SS Ministros que conforman el Regio Tribunal de S.A., al predicho Pedro Ignacio Muiba como a sus parientes a fin de evitar semejantes crímenes y escándalos a esta bien ordenada Provincia, la que se ha conservado hasta aquella fecha".

Otro dato de Muiba. Cuando gobernaba Lázaro de Ribera (1786-1793), Muiba ya era todo un personaje. En 1790, el buen gobernador reunió a los caciques de toda la provincia para comunicarles el Plan de Reformas propuesto a la Audiencia, ya aprobado, deseando reconstituir el sistema jesuítico. Muiba fue el intérprete de las bondades de las reformas. Su firma aparece en el acta labrada en dicha ocasión.

La singularidad americana de la gesta mojeña. Mojos no sólo dio su coraje sino también su sangre por nuestra libertad y su gesta fue inédita en las colonias españolas durante la guerra de la independencia. La de Mojos, es la única insurrección indígena en el proceso de la emancipación americana, pues los Tupac actuaron antes y sus rebeliones no estuvieron marcadas con el ideario emancipador.

Preparando la celebración. Un Comité del Bicentenario constituido por el Consejo Departamental prepara el calendario conmemorativo. Un entusiasmo creciente se advierte porque se trata de un hecho inédito en la historia de la emancipación americana, pues la Mojos es la única rebelión que tiene rostro y sangre indígena.

Trinidad de Mojos, Choje Piasta Santísima Trinidad, 2010



"Muiba" en el lápiz de Juan Carlos Aguirre



Gustavo Adolfo Bécquer



Gustavo Adolfo Bécquer (Gustavo Adolfo Domínguez Bastida). Nació en Sevilla, 17 de febrero de 1836 y murió en Madrid el 22 de diciembre de 1870 a los treinta y cuatro años de edad. Uno de los grandes representantes de la época del Romanticismo español. Destacan entre sus obras: *El libro de los gorriones*, *Historia de los templos de España* (1857), *Cartas literarias a una mujer* (1860-1861), *Cartas desde mi celda* (1864), *Obras completas* (1871). Entre sus leyendas: *El caudillo de las manos rojas* (1858), *La cruz del diablo* (1860), *La ajorca de oro* (1861), *El beso* (1863), *La rosa de pasión* (1864).

LXXI

No dormía: vagaba en ese limbo
en que cambian de forma los objetos,
misteriosos espacios que separan
la vigilia del sueño.

Las ideas que en ronda silenciosa
daban vueltas en torno a mi cerebro,
poco a poco en su danza se movían
con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos
los párpados velaban el reflejo:
mas otra luz el mundo de visiones
alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído
un rumor semejante al que en el templo
vaga confuso al terminar los fieles
con un *Amén* sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste
que por mi nombre me llamó a lo lejos,
¡y sentí olor de cirios apagados,
de humedad y de incienso!

Entró la noche y del olvido en brazos
cayó cual piedra en su profundo seno.
Dormí y al despertar exclamé: —¡Alguno
que yo quería ha muerto!

LXXIII

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos,
taparon su cara
con un blanco lienzo,
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
vefase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y a su albor primero
con sus mil ruidos,
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterio,
de luz y tinieblas,
yo pensé un momento:

—¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

De la casa, en hombros,
lleváronla al templo
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las Ánimas,
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedó desierto.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto,
todo se encontraba
que pensé un momento:

—¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

De la alta campana
la lengua de hierro
le dio volteando
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila
formando el cortejo.

Del último asilo,
oscuro y estrecho,

abrió la piqueta
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronle luego
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro
el sepulturero,
cantado entre dientes,
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
[reinaba el silencio];
perdido en las sombras,
yo pensé un momento:

—¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a veces de acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendido en el hueco,
¡jacoso de frío
se hielan sus huesos...!

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?

¿Todo es sin espíritu,
podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
algo que repugna
aunque es fuerza hacerlo,
a dejar tan tristes,
tan solos a los muertos.

LXXVI

En la imponente nave
del templo bizantino,
vi la gótica tumba a la indecisa
luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho,
y en manos un libro,
una mujer hermosa reposaba
sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado,
al dulce peso hundido,
cual si de blanda pluma y raso fuera,
se plegaba su lecho de granito.

De la sonrisa última
el resplandor divino
guardaba el rostro, como el cielo guarda
del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
sentados en el filo,
dos ángeles, el dedo sobre el labio,
imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
de los arcos macizos
parecía dormir en la penumbra,
y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
al ángulo sombrío
con el callado paso que llegamos
junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
y aquel resplandor tibio,
aquel lecho de piedra que ofrecía
próximo al muro otro lugar vacío,

en el alma avivaron
la sed de lo infinito,
el ansia de esa vida de la muerte
para la que un instante son los siglos...

Cansado del combate
en que luchando vivo,
alguna vez me acuerdo con envidia
de aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
mujer me acuerdo y digo:
—¡Oh, qué amor tan callado,
el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro, tan tranquilo!

Su amigo Rodríguez Correa afirma que Gustavo Adolfo Bécquer, *no encontrando realizada su ilusión en la gloria, vuélvese espontáneamente hacia el amor, realismo del arte, y se entrega a él y goza un momento, y sufre y llora, y desespera largos días, porque es condición humana, indiscutible, como un hecho consumado, que el goce menor se paga aquí con los sufrimientos más atroces... Sí, Gustavo es revolucionario, porque, como los pocos que en las letras se distinguen por su originalidad y verdadero mérito, antes que escritor es artista, y por eso siente lo que dice mucho más de los que expresa, sabiendo hacerlo sentir a los demás.*

Leyenda de Incapozo: donde bebía el Inca

De los numerosos pueblos indígenas que habitaron las tierras de América en el momento de su descubrimiento por España, se destacan los Incas, cuyo territorio se extendió por Bolivia, Chile, Ecuador y parte de Argentina. Descendientes del Sol según su mitología, se empeñaron en una gran civilización cuyos testimonios perviven hasta nuestros días.

Si bien el Collasuyo (hoy Bolivia) formó parte del territorio inca, no toda su geografía fue asiento quechua. En la altiplanicie andina, habitada desde tiempos remotos por los Unis, fueron los aymaras que secundaron a los primeros.

Refiere la leyenda, que una misteriosa tarde los pobladores vieron al Inca y su séquito asentarse en las faldas del cerro San Pedro ubicado en el noroeste de lo que hoy es la ciudad de Oruro. Luego de unos días de descanso, el *Hijo del Sol* continuó su camino ascendiendo la cumbre hasta perderse en lontananza.

Entonces corrió el rumor que no era la primera vez que el Soberano del Tahuantinsuyo y sus postillones (gufus que llevaban al Inca, eran emisarios o transportaban la carga) hacían estación en el pueblo Uru. De vez en vez, tras varias lunas, eran vistos por estos lados. ¿De dónde venían y hacia dónde iban? Según relatan, arribaban a estas tierras procedentes del *Pirú*, descansaban tres días aproximadamente, se aprovisionaban de alimentos y agua, y luego continuaban su viaje hacia Chile.

Pudo tratarse de Túpac Inca Yupanqui *El Grande*, porque extendió los dominios del imperio más allá de sus primigenias fronteras. El soberano embajador comandaba a sus soldados, y gracias a esas conquistas el Imperio Quechua creció tanto que hubo necesidad de dividirlo en cuatro Suyos para una mejor administración. Durante su gobierno recolectó abundante oro que depositaba, como reserva, en lugares estratégicos.

El tiempo se encargó de enterrar aquellas voces que hablaban en secreto de las visitas del soberano, y finalmente no se supo más. Sin embargo, reza un dicho bíblico que *nada permanece oculto bajo el sol*; no se sabe cuándo, pero la leyenda afloró nuevamente evocando esta vez una versión sustentada con pruebas que invitan volver la página al pasado.

Así fue cómo llegó a oídos de la población la existencia de un pozo de agua cristalina y dulce, localizado en el cerro San Pedro, donde hoy se levanta un barrio que ha tomado su nombre. Allí, todas las mañanas, cuando el céfiro pasa acariciando su cima, el sol musita al oído del transeúnte la historia del Inca que bebió de las aguas donde ahora destellan los rayos del Olimpo.

Cuentan los abuelos que el *Pozo del Inca* o *Incapozo*, fue construido por órdenes del Soberano para captar las aguas del hontanar subterráneo del cerro, y fue descubierto recién en la época republicana. Se dice que estaba custodiado por una pareja de ancianos descendientes quechuas que vivían en una casucha construida de piedra, barro y paja. La anciana *lela la suerte* en las hojas sagradas de coca, él era *curandero* y *adivino*, además preparaba pocimas y alquimias que vendía a clientes necesitados.

Acceder al roquedal era difícil; llegar a la casucha, peor. Había que estar muy urgido de los servicios de la pareja para burlar la vigilancia de los feroces perros cuyo olfato les permitía percibir la presencia de ajenos a gran distancia. Los caninos se alimentaban de las vizcachas que abundaban en los peñascales, por tanto, cuando iban en busca de su ración, era momento propicio para aprovechar la *sabiduría de los ancianos* que dominaban las rutas del destino.

Un día llegó un extraño hombre argumentando su deseo



de conocer lo que le deparaba el porvenir. El anciano clavó su inescrutable mirada en los ojos del hombre y dijo:

—¡Eres ambicioso! Serás rico, muy rico, el cerro te está llamando.

Ante esas palabras, los ojos del personaje se abrieron desmesuradamente dejando entrever sus propósitos.

—Hay que cumplir una condición —continuó el adivino—. Debes entregarle una mesa con un *ch'illami* lleno de quinua.

El ambicioso no sólo entregaría un *ch'illami*, estaba dispuesto a ofrecer quintales del preciado alimento. El viejo había leído en los ojos del visitante aquella funesta intención, entonces, con la mirada enardecida sentenció:

—Cada grano de quinua representa una vida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre.

—¡La muerte! ¡Sangre! ¡mucho sangre! ¿Estás dispuesto a entregar lo que el cerro te pide por el oro?

El extraño se levantó tembloroso. El miedo aprisionó su garganta y huyó sin dejar rastro.

Corrieron los años, nadie supo qué pasó con los ancianos. Vidas y casucha fueron sepultados por el tiempo.

El noroeste de la ciudad, cuya conformación topográfica muestra una cuesta accidentada por los barrancos y gradientes, fue otrora nido para las vizcachas y lugar propicio para osados cazadores que, de cuando en cuando, también recibían las balas disparadas por los soldados del cuartel Camacho que allí practicaban tiro al blanco. El cerro San Pedro es un volcán apagado; visto de frente es empinado, pero lo que aparenta terminar en puntiaguda cima, es una planicie extensa.

Refieren que en cierta ocasión, tres amigos habían salido a cazar las apetitosas vizcachas en una tarde de invierno y cortos soles. Cuando estaban camino de regreso, entre char-

las y bromas, cayeron accidentalmente en un cráter. Nadie escuchó sus gritos desesperados, sólo el silencio presenció cómo el cerro los engullía.

Mil versiones se urdieron alrededor de estas misteriosas desapariciones. Pronto, el hoyo fue cubierto para evitar más accidentes. ¿Quién lo hizo? Nadie sabe.

Según el calendario, se dice que apuntaba el año 1922, cuando en *Machupicchu* (Perú) apareció un hombre de extraño aspecto que sobrecogía a quienes lo veían. Con la mirada extraviada recorría las sagradas ruinas preguntando por el Inca. Un curioso lo abordó para preguntarle quién era. El harapiento no sabía responder, sólo musitaba palabras ininteligibles en español. Decía llevar un mensaje para el soberano. Entonces se le tomó por un orate despistado. Dos agentes policiales lo condujeron a las oficinas de la gendarmería para prestarle atención humanitaria.

Este personaje alucinado, a insistencia de los interrogatorios, relató lo que sigue:

—Éramos tres, calmos en un barranco, no había salida, caminamos mucho. En el cráter se dibujaba una senda tenebrosa, hasta que descubrimos azorados un pasadizo donde había oro, mucho oro. Mis compañeros, atrapados por la ambición, fueron desapareciendo uno a uno. A mí no me importaba el oro, sólo quería salir de aquel lugar. Durante el tiempo que anduve perdido, brillaba el metal ante mis ojos tanto que me cegaba la visión, entonces sentía frío y miedo hasta que la oscuridad se adueñó definitivamente de mis ojos y un día sólo escuché una lúgubre voz que me guiaba, y fue entonces cuando me dijo: Saldrás con vida de aquí, y cuando llegues a Machupicchu, busca al Soberano y dile que su tesoro sigue intacto, bien guardado y que yo soy fiel custodio de su secreto. No hablarás con nadie sino hasta haber cumplido lo que te encargo...

Así refería aquel sobreviviente del tiempo que había pasado la vida sin saber nada del mundo exterior.

—¿Estás seguro de lo que dices? —volvían a insistir—. ¿Dónde está ese oro? —preguntaban con avidez.

—No sé —respondía. Aquellos que no entendían de secretos, querían arrancarle la descripción exacta del lugar, pero sólo imprecisiones obtenían a sus preguntas.

¿Historia? ¿ficción? Los dioses andinos saben. Todo cambia, la zona *San Pedro de Incapozo* fue tomando otra fisonomía; el loteamiento ha sepultado la leyenda y, aunque en principio nadie se animaba a construir por temor a los hechos narrados, pronto la necesidad fue más imperiosa que los miedos, pero el pocito, testigo mudo, sigue vigilante. Los llegados adonde bebía el Inca ya no viven según su tradición nativa, y sólo en ocasiones festivas como la *Anata Andina*, reasumen su identidad. El pocito renueva día a día el agua de sus venas, y el oro ha quedado guardado en aquel cerro que irrumpe con furia cuando se intenta violar su virginidad. Quizá se muestren sus secretos cuando ya no exista la ambición y lo pretérito vuelva a ser presente.

**Milena Montaña de Escobar. Sucre.
Educatora. Secretaria General del PEN Internacional, centro Oruro.**



Adolfo Cáceres Romero

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo republicano

Escritores representativos

Manuel José Tovar nació en el asiento minero de Ahuejigüata (Inquisivi-La Paz) el 19 de noviembre de 1831 y se suicidó en Sucre en 1869. Abogado y poeta. El no conocer a su padre y la muerte de su madre cuando él contaba con apenas 8 años, marcó significativamente su existencia. Se educó con sus abuelos maternos en Oruro. En 1850, su tío paterno, Mariano Lino Tovar, lo llevó a Sucre para seguir la Carrera de Derecho en la Universidad San Francisco Xavier. El ambiente cultural de esa capital le fue propicio para el desarrollo de su vocación literaria. En 1853 publicó su obra consagratória La Creación. En 1855 formó parte del periódico político-literario El Porvenir, del cual era Jefe de Redacción Mariano Baptista. También publicó poemas de carácter amoroso, como por ejemplo Su nombre: *¿Qué me importa, bien mío, / que lejos de ti aliente, / que en penoso desvío / de llanto me alimente? / ¿Qué me importa que viva / sediento de sosiego / y que la lava activa / del amoroso fuego / quisiera abrazar mi sien? / ¿Qué vale la tortura / del fiero sufrimiento / que quiere la ventura / convertir en tormento / hallándome sin ti? / ¿No es cierto que cual nace / para la mar la fuente / que en perlas se deshace, / en su clara corriente / para amarte nació?*

Como hombre profundamente religioso, fue redactor de la Sociedad Católico-Literaria Amigos de la Verdad. Entre otros poemas, en ese órgano apareció El mendigo: *¡Ay!, niña, tú que entre risas / dejas deslizar tus días, / y descuidada matizas / las flores antojadizas / de halagueñas fantasías; / (...) / Tú que duermes blandamente / sobre delicadas plumas / y sin zozobra en tu mente / ves que tu cuerpo inocente / cubren blandas como espuma; / (...) / Di, ¿por qué al ver a un mendigo / la risa a tu labio viene? / Entre harapos, sin abrigo... / ¿Su cuerpo no es el testigo / del sufrimiento que tiene? / (...) / Yo bien sé que hay en tu seno / un tesoro de clemencia, / que de compasión está lleno; / pero del vulgo el veneno / emponzoñó tu inocencia.*

La obra cumbre de Tovar y una de las más importantes del romanticismo boliviano es La creación, poema inspirado en el Génesis de la Biblia cuando el poeta sólo contaba con 22 años de edad. René-Moreno expresa: Este grandioso acontecimiento que el inspirado y sublime Milton cantó ya, aunque a la ligera, en el libro VII de El Paraíso Perdido, es narrado por Tovar con amplitud y fuego lírico, y con todo el brillo y esplendor que da una imaginación rica y ardorosa. Lo que en cierto modo es nuevo en un tema universalmente conocido, es la dinámica con que Tovar ilumina sus secuencias, con imágenes precisas a los efectos retóricos del verso, como midiendo el paso de Dios en ese instante supremo. Veamos algunos fragmentos:

*Nada sé, sino que sólo hay un cielo,
que en ese cielo hay Dios que todo ordena...
mas, ¿cómo nací yo, como la amena
Naturaleza me prodiga su consuelo...?
A correr tal misterio no me atrevo,
mi mano temblorosa se detiene
y sólo a contemplarte el alma viene:
Contigo entusiasmado yo me elevo.*

*y pretendo leer para tu gloria,
el libro sacrosanto de tu nombre,
en viejos caracteres, para el hombre,
escrita la por siempre nueva historia.
Escucharán los hombres mis canciones,
dulces serán mis voces y serenas,
si quitas de mi pecho las cadenas
y das a mi palabra bendiciones.
¡Oh! Pueda yo, Señor, pueda mi labio
cantar con energía, de este mundo
el origen por siempre tan profundo
y siempre dubitado por el sabio.*

Canto Segundo: Eternidad de Dios:

*Cuando surca la nave silenciosa
los mares, como cisne que resbala,
y grande se presenta, poderosa,
entre el cielo y el agua, solamente
da voces de placer y de alegría
impávida la gente.*

*Mas, pronto hierre el mar: su oscuro fondo
los cielos desafía; se atropellan
las ondas con las ondas a porfía;
los cóncavos se llenan,
y las lisas, lucientes superficies,
son montes encrespados, pabellones
de muerte levantados por pendones...!
Y zozobra la nave... se levanta,
su frente consternada toca el cielo,
confúndela las olas... reaparece...
se pierde en los abismos... va a la roca,
de vientos y cascadas impelida;
mas, aún no bien la toca
su fuerza rechaza con violencia
y en mil partes deshecha sobrenada
cuando la mar se muestra ya calmada.*

Canto tercero: Primer Día

*Era, pues, de este mundo la excelencia
que se muestra armoniosa,
no ser, en un principio, no existencia:
oscura, densa niebla, sin confines,
por doquier se extendía pavorosa;
cual en mar que rebulle procelosa
las sombras confundidas se chocaban,
ora bocas profundas presentando,
ora negras columnas levantando.
A la voz del Eterno suspendidas
un momento quedaban en reposo;
después como impelidas
de huracanes bravíos, formidables,
en niebla enmarañada se encrespaban
y espantosos sonidos arrojaban,
los gemidos mintiendo del infierno
o potente la voz del Sempiterno.
En distancias sin término medido
fosfórica una luz aparecía:
era el carro de fuego que lucía
el carro sacrosanto del Señor.*

Fiat Lux:

*La tierra se movía sobre un eje,
recién aparecida en negro bulto,
de agua circundada, turbulenta*

*que en su seno profundo la sustenta.
La faja más oscura
el abismo cubría totalmente
y cual lampo luciente,
de esplendor y grandeza revestido,
DE DIOS EL GRANDE ESPÍRITU
ERA POR LAS AGUAS CONDUCTO...
cuando súbitamente
con majestad sublime extiende el brazo
parando en el espacio su carrera,
y dice: "¡La luz sea!"
y la luz al momento reverbera.*

El sueño de Adán:

*Y vedle blandamente
dormido de las yerbas en la alfombra;
susurra muy cercana la corriente,
y un árbol muy frondoso le hace sombra.
Late su corazón, sus blancas sienes
de rojo se coloran, y la brisa
arranca, fugitiva, de su labio
angélica sonrisa.
A momentos sus miembros se estremecen
por un divino influjo conmovidos,
y se siente que crecen
en su pecho ferviente los latidos.*

*La mano entonces lleva, y en sus senos
la posa maquinal, sin energía;
pero pronto se torna ya sereno
y en su frente reluce la alegría:
esa alegría santa
que en sus cerrados párpados se cuela,
que tal vez a los ángeles revela,
lo que entonces le encanta...*



Fernando Soyulo. "Cerebral"